

01 SEP 1991

i

EL HISTORIADOR Y SU TIEMPO

PERIODO PRESIDENCIAL
004550
ARCHIVO

2-8-3

*VERSION 1: CON NOTAS A PIE DE PAGINA

Para mí es sin duda un gran honor y una enorme satisfacción el participar en la Sesión Inaugural de la IX Jornada de Historia de Chile organizada por la Universidad de la Serena y en este acto en que se le rinde un merecido homenaje a nuestro Premio Nacional de Historia, don Alvaro Jara.

Es también un honor inmerecido, pues reconozco con sinceridad que en esta sala muchos colegas tienen méritos de sobra para reemplazarme en este sitio.

También es una gran satisfacción pues es una gran oportunidad para reencontrarme con mi colegas, mis amigos y mi vocación.

Alejado en cierta medida de mi profesión, cuando Hernán Cortés me invitó a participar, no dudé en hacerlo, ya que consideré importante transmitirles una vivencia que ha surgido con fuerza a medida que pasa el tiempo y desempeño las funciones que ejerzo.

Desde el lugar en que me encuentro la Historia adquiere una dimensión diferente, se transforma en un conocimiento y una disciplina llena de urgencia y actualidad; pierde esa cosa añeja que algunos ven en ella y se transforma en un conocimiento dinámico. Por esto mi exposición es una reflexión sobre el Historiador y su tiempo. Es una mezcla entre una vivencia personal y una necesidad respecto a la forma de entender y de hacer Historia.

Tradicionalmente, se ha definido a la historia como la ciencia del pasado. El historiador desde el hoy mira el ayer y su tarea consiste en comprender qué acontecimientos, factores o procesos se han encadenado para dar fisonomía al mundo en que vive. El objetivo de la historia, por tanto, no es conocer el pasado por el pasado, sino procurar que esa comprensión explique el presente y permita visualizar las líneas más profundas del futuro. Sólo en esa perspectiva el quehacer del historiador adquiere un real sentido.

No es pues un mero afán de erudición lo que mueve al estudioso del pasado. La cuidadosa búsqueda de documentos, la paciente confrontación de fuentes, la elaboración de una interpretación o el tratamiento de un problema adquieren todo su valor sólo en la medida en que nos permiten comprender mejor el presente.

Sobre este punto, existen diversos enfoques entre los historiadores y los filósofos. La historia como genealogía del presente tiene su contraparte en visiones como la del filósofo Walter Benjamin, que para iluminar lo que hay de artificial o de deliberado en las conclusiones de los historiadores recurre a la siguiente imagen:

"Hay un cuadro de Klee que se titula Angelus Novus. Se ve en él un ángel al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desencajados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su cara está vuelta hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las

arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irremisiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso"¹.

El historiador se adentra en el pasado con objetivos determinados, con hipótesis básicas, con un conocimiento previo de la época (sólo conociendo los problemas pueden formularse hipótesis fecundas para el trabajo de investigación); acude a las fuentes, selecciona lo relevante, desecha informaciones que no son pertinentes para lo que se ha propuesto tratar, define las variables sobre las que basará su interpretación y escribe, finalmente, su texto, "mientras el cúmulo de ruinas sube hacia el cielo".

Ese y no otro es el desafío del historiador: extraer de ese pasado un sentido, un orden, una sucesión de hechos concatenados en términos de causas y efectos y concluir así en una génesis del presente que posibilite moverse con perspectiva, sentido de las proporciones y capacidad de análisis frente a los hechos y procesos de que se compone el vertiginoso devenir histórico en que estamos inmersos.

¹ Walter Benjamin: "Tesis de Filosofía de la Historia". En Angelus Novus, Editorial Edhasa, colección La Gaya Ciencia, Barcelona, 1971. Pág. 45.

El historiador cubano Manuel Moreno Fragnals, que enfrenta la práctica de la historia desde la perspectiva del materialismo histórico entendiéndolo como la suprema verdad científica, tiene, no obstante, agudas intuiciones sobre la tarea del historiador.

En La historia como arma, un breve ensayo apasionado y combativo, Moreno describe al historiador tradicional como "alejado de la realidad, trabajando exclusivamente sobre el pasado, recopilando documentos muertos, cuya misión más trascendente es este acumular de datos, este escarbar de fuentes, para escribir sus obras. Pacientes trabajadores de la humedad, el polvo y las polillas: dicho sea todo esto con el mayor respeto"².

Moreno, desde la perspectiva de la revolución, exige algunas características al historiador, partiendo, desde luego, por la conciencia del deber moral de entregarlo todo por la Revolución. Pero hay otro rasgo señalado por Moreno Fragnals que sí queremos rescatar, pues es válido con total independencia de las opciones ideológicas: "Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia"³.

El historiador que no tiene interés en su propia época, o que, como decía Braudel, sólo "se interesa por el presente para mejor

² Moreno Fragnals, Manuel: La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones. Editorial Crítica, Barcelona, 1983. Pág. 15.

³. Moreno Fragnals, op. cit., págs. 22-23.

desprenderse de él"⁴, está destinado a darle la razón a Moreno Fragnals haciendo del polvo, la humedad y las polillas la justificación última de su quehacer histórico.

Es que la ampliación del horizonte histórico y la consiguiente acumulación de saberes, cuando de la historia se trata, no se justifica en nombre de una respetable, pero a menudo estéril, erudición, sino en cuanto permite comprender eficazmente el presente y coopera a que la discusión de él se sustente sobre bases sólidas.

Ello no significa que estemos propiciando un punto de vista único, una verdad oficial, una sola historia. Todo lo contrario. La confrontación y la discusión en torno a cómo se ha gestado el hoy es una condición natural de la historia, y es ella, precisamente, la que más contribuye a enriquecer y fortalecer la conciencia del hombre y de la sociedad sobre su propio devenir.

Así como el mundo ha cambiado vertiginosamente en las últimas décadas, la ciencia histórica se ha enriquecido y ha evolucionado a gran velocidad: nuevas metodologías, renovados campos temáticos, herramientas tomadas de otras ciencias sociales han ampliado considerablemente los alcances de una disciplina cuya deformada imagen escolar la considera como muy poco más que una odiosa acumulación de fechas, nombres, batallas y lugares.

Desgraciadamente, esa imagen no está lo suficientemente lejana de lo que ha sido la práctica de la historia en nuestro país. Un

⁴. Braudel, Fernand: La historia y las ciencias sociales. Alianza Editorial, Madrid, 1989 (primera edición en español, 1968). Pág. 186.

cierto academicismo y el apego a los métodos y a la concepción positivista que tantos frutos dieran durante el siglo XIX son un pesado lastre que afecta la labor de los historiadores chilenos de este siglo.

Como lo ha señalado Sergio Villalobos en la Introducción a su Historia del pueblo chileno, "la mentalidad positivista ha conducido a la adoración del dato por el dato, a la erudición por la erudición, carentes de sentido y de proyección, pero que se cultivan porque ha sido la costumbre y deparan la pequeña gloria de rectificar o agregar algo"⁵.

La mirada histórica se caracteriza, precisamente, por la capacidad de establecer las grandes tendencias, las perspectivas de fondo en el acontecer temporal. El acontecimiento, base y estructura de la historiografía tradicional, ha sido reemplazado, en las nuevas concepciones metodológicas, por las líneas maestras de un proceso. Más que los presidentes, los generales, los emperadores y los caudillos, la nueva mirada se interesa por los grupos -los campesinos, los burgueses, los nobles-, por las actividades del hombre -la agricultura, la guerra- o por las variables mayores que dan forma a una civilización: la economía, la cultura, las costumbres, las instituciones. Ciencias como la demografía y la estadística han resultado extraordinarias herramientas auxiliares para la historia.

⁵ Villalobos, Sergio: Historia del pueblo chileno. Tomo I. Empresa Editora Zig Zag, Santiago, 1983 (2ª edición). Pág. 43.

A través de estos cortes, que no pasan mayormente por los grandes hitos históricos, que no se detienen en la biografía de los hombres notables, que incorporan a la historia a todos aquellos grupos que estaban ausentes, un nuevo panorama va tomando forma ante el hombre contemporáneo, y nuevos desafíos se plantean para el historiador.

En nuestro país, en los últimos años, merced a una oportuna, aunque tardía renovación en las concepciones, los criterios y las metodologías empleadas, la historia se ha ido ganando un lugar entre las ciencias del hombre que es necesario tomar en consideración a la hora de enfrentar los desafíos del presente. Ese desafío incluye el hecho que el historiador fije su mirada en un objeto distinto del tradicional: su propio tiempo.

La tradicional y asentada definición de la historia como ciencia del pasado entra en contradicción con la tendencia emergente en la historiografía, que se propone como objeto de estudio la época actual, el mundo en el que el historiador está inserto, la historia en la que ha participado como protagonista.

La frecuente objeción respecto de estos estudios es que el investigador carece de la necesaria perspectiva para encarar desapasionadamente su objeto de análisis. Hay muchas maneras de impugnar esa objeción. La primera y más obvia es que tal ausencia de pasión no existe respecto de ninguna época. Desde el momento en que el historiador aborda un objeto de estudio, pone en él toda su formación, su ideología, sus valores y, en definitiva, su propio

tiempo. En palabras de Pierre Nora, el historiador "hace surgir inconscientemente el presente en el pasado"⁶.

Habría que preguntarse qué tan inconsciente es aquella operación, pero igualmente la frase apunta a que cada época hace sus propias preguntas al pasado y así hace surgir un nuevo pasado ante los ojos. Qué factores intervienen en esa nueva lectura -más información, fuentes desconocidas, otro sistema para agrupar e interpretar los datos-, o hasta qué punto una lectura es más válida que la anterior, no es relevante para lo que queremos demostrar: que ni el historiador ni sus textos están libres de las determinantes de su propia época, sea cual sea el objeto de su estudio.

Entonces, si en el análisis del pasado intervienen con tanta fuerza todas esas condicionantes, ¿por qué no habría de ser legítimo el estudio del presente con las herramientas del historiador? Los historiadores Jacques Le Goff y Pierre Nora, en la introducción a los tres volúmenes de Hacer la historia, una vasta recopilación de las nuevas tendencias y los nuevos problemas de la historiografía, han escrito que "la provocación más grande infligida a la historia tradicional es, sin duda, la bosquejada por la nueva concepción de una historia contemporánea, en busca de sí misma a través de las nociones de historia inmediata o de historia del presente, que, negándose a reducir el presente a un pasado

⁶. Nora, op. cit., pág. 237.

incoativo, pone en tela de juicio la definición bien consolidada de la historia como ciencia del pasado"⁷.

Ciertamente, para las capillas tradicionales de la historia, abordar el presente como objeto de estudio suena a herejía. Y, naturalmente, las polémicas que se suscitan son hartos más virulentas y encarnizadas que las que pueden levantarse a propósito, por ejemplo, de la relación entre el feudalismo y el capitalismo, uno de los debates históricos más fecundos de las décadas del 50 y del 60.

Un buen ejemplo de esto lo constituye la ya famosa "Polémica de los historiadores" en Alemania, levantada a propósito de la obra de Ernst Nolte, quien sostiene la controvertida tesis de que "sin la colaboración de gendarmes franceses, italianos, belgas o rumanos el Holocausto no habría sido posible: los judíos han sido víctimas del antisemitismo europeo en general"⁸. Nolte agrega que "el nazismo no sería otra cosa que la forma alemana de un fenómeno más general, la ideología fascista de su tiempo"⁹. Así pretende reducir a su justa dimensión la responsabilidad colectiva de los alemanes frente a los crímenes contra la humanidad perpetrados en los campos

⁷ Jacques Le Goff y Pierre Nora: Hacer la historia. Volumen I: Nuevos problemas. Editorial Laia, Barcelona, 1985 (1ª ed. española, 1978; ed. original francesa, 1974). "Presentación", págs. 9-10.

⁸ Sorman, Guy: Los verdaderos pensadores del siglo XX. Entrevista a Ernst Nolte contenida en el capítulo «La guerra inconclusa». Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1991. Pág. 151.

⁹ Sorman, op. cit., pág. 153.

de concentración. Más aún, atribuye al francés Charles Maurras la autoría intelectual de la ideología fascista.

Jürgen Habermas y otros filósofos e historiadores han acusado a Nolte de sumarse a los revisionistas que, simplemente, niegan el genocidio, niegan la acusación de crímenes contra la humanidad con el falaz razonamiento de que "se dice que hubo seis millones de muertos en los campos de concentración. Nadie ha contado los cadáveres. Pudieron ser sólo cinco millones y medio. Como no se puede probar esas muertes, esas muertes, sencillamente, no ocurrieron". Las furibundas réplicas a las tesis de Nolte han contribuido a encender más el debate; e, independientemente de quién tenga la razón en esta polémica, no cabe duda de que ha llevado a los alemanes a reflexionar y a apreciar históricamente el que ha sido quizá el episodio más negro y conflictivo de su vida como nación, a pensar colectivamente sobre su responsabilidad nacional y personal en la tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

Otro punto que se le cuestiona a Nolte -y este sí que presenta más dificultades a quien pretende estudiar el presente- es la voluntad de "historizar" el Tercer Reich y el Holocausto. Historizar en el sentido de poner en un horizonte remoto y aséptico hechos tan recientes y tan terribles; historizar en el sentido de sustraer la ideología nazi y sus consecuencias del nivel de las fuerzas actuantes y operantes en el presente momento de la historia.

Los análisis de Nolte cruzan comunismo, fascismo y nazismo, atribuyendo a estos dos últimos un carácter reactivo y

absolviéndolos, por tanto, de parte de la culpa: en la medida en que los nazis asesinaron a los judíos obedeciendo a movimientos históricos que los rebasan y a causas más extendidas y profundas que el simple y rabioso antisemitismo de un líder loco y carismático, la responsabilidad nacional y personal se diluye ante la fuerza determinante de los imperativos de la historia.

Decimos que es comprometedor para el historiador del presente pensando en la historia reciente de nuestro país. No hay que abundar mucho en el tema para concluir que cualquier juicio histórico sobre la Unidad Popular o sobre el régimen militar distará mucho de ser desapasionado. Tal como han sido reseñadas brevemente aquí, las tesis de Nolte podrían ser aplicadas a la historia del golpe militar: así como, según este historiador, el fascismo fue una respuesta al comunismo, y los campos de concentración una réplica del Gulag soviético (al exterminio ideológico del Gulag sucedió el exterminio racial de Auschwitz), así podría sostenerse que los militares chilenos actuaron movidos por fuerzas históricas que los superaban, que se trató de la inevitable reacción ante el peligro de una dictadura de corte marxista, y que las violaciones a los derechos humanos -que no alcanzan, de todas maneras, la categoría del genocidio- fueron las también inevitables consecuencias de un conflicto que supera a sus actores.

Del mismo modo, una lectura desde la izquierda dirá, gruesamente, que, ante el riesgo de que la clase proletaria tomara definitivamente el poder, las fuerzas del capitalismo

desencadenaron una violenta y sanguinaria reacción que torció el rumbo de la historia y reinstaló a la burguesía en su posición dominante, procediendo, de paso, a descabezar a la clase proletaria por la vía del asesinato, la desaparición, el amedrentamiento, la cárcel y el exilio de sus principales líderes.

Ambas tesis, extremas en sus puntos de vista, son ilustradoras de lo conflictivo que puede ser el acercamiento histórico a nuestro pasado más reciente.

Pero es indudable que la historia como disciplina tiene una aporte real que hacer en este campo. No sólo la sociología o la ciencia política tienen voz autorizada para el análisis de los comportamientos actuales de la sociedad chilena. La historia, con sus propias armas, con su dominio de las fuentes, con sus herramientas de trabajo probadas en épocas sobre las que hay mucho menor documentación y más interpretaciones encontradas, tiene mucho que aportar en la proposición de lecturas sobre nuestro pasado inmediato.

Con pasión, comprometidamente, pero también con honestidad. Que los puntos de vista personales, que la propia formación y otros factores influyan en el texto final del historiador no implica la lectura insidiosa y parcial de las fuentes, la omisión de información, la tergiversación de los testimonios, la construcción deliberada de una tesis que resulte funcional al propio proyecto político.

Podría también sostenerse que, ante la diversidad de puntos de vista, la discusión es estéril, y cada cual tomará en consideración

la versión que más cerca esté de sus posiciones personales. En ello hay, ciertamente, un peligro real y una amenaza de esterilidad respecto de estos estudios. Pero no es suficiente para desalentar el abordaje histórico de los tiempos más recientes. Más aún, para sanar verdaderamente las heridas, para arribar a una correcta y justa comprensión de la historia, bienvenido sea el debate, bienvenida sea la discusión abierta, franca, apasionada y esclarecedora.

En un mundo saturado de información, en donde el desacreditado «acontecimiento» toma por asalto el escritorio del historiador y, de la mano de los medios masivos de comunicación, se erige por sí mismo en hito histórico, el historiador del presente está obligado a realizar la operación inversa de aquella a la que estaba acostumbrado.

Desde su posición de privilegio, desde su situación de dominio de una época, el historiador del pasado es quien determina los hechos relevantes, quien puede pesquisar las corrientes subterráneas que emergen bruscamente para desatar el torrente de lo históricamente significativo. En cambio, el historiador del presente está inmerso en ese torrente, asaltado por hechos tales como la caída del Muro de Berlín o el frustrado golpe de estado en la Unión Soviética. Nadie puede dudar de que estos hechos, y tantos otros que sería interminable citar, tienen un lugar asegurado en la historia nacional o universal. Pero ¿dónde radica su origen, dónde están las causas, qué fue lo que llevó a un desarrollo y no a otro?

Ahí debe centrar su tarea el historiador, aprovechando su formación profesional y su conocimiento privilegiado de la historia para ubicar en su preciso eje a los acontecimientos que saltan desde la pantalla de televisión y se imponen como significativos ante los ojos de todos.

En la trama de la historia, una enorme variedad de factores interviene en la gestación del acontecimiento que da forma a una época. El historiador del pasado rescata del documento ese hecho, lo interpreta y lo inserta en su interpretación de la época. Pero es mucho lo que ocurre alrededor del acontecimiento que no queda registrado, que no deja huella.

Quien estudie, por ejemplo, la historia de Chile en los comienzos del siglo pasado, podrá fundar su estudio en decretos gubernamentales, obras históricas, los incipientes periódicos, crónicas de la época y un sinfín de registros documentales que le permitirán formarse una visión del período y proponer una interpretación. Sin embargo, hay otra clase de registros que son de enorme utilidad para su trabajo. Nos referimos a las crónicas de los viajeros. Aparte de su valor literario, adquieren real importancia para el historiador en cuanto registran los datos de la cotidianidad y las peculiaridades de una sociedad en un determinado momento. Lo que a ojos de los contemporáneos puede haber parecido lo más natural o acostumbrado y que, por lo tanto, no merecía registrarse pues era patrimonio de todos, el viajero lo anota como rasgo característico del país que está visitando. Con ese tipo de registros puede rodearse el acontecimiento y situarlo en otro

contexto, en una perspectiva más humana y más vinculada a cómo efectivamente se toman las decisiones y ocurren los hechos más significativos en la historia.

Similar tarea debe asumir el historiador del presente, realizando un ejercicio de abstracción que le permita contemplar su entorno con los ojos de un extranjero. Así estará atento a los detalles que se dan por evidentes y que constituyen uno de los factores importantes para explicar o entender mejor un determinado proceso.

El historiador del presente no debe limitarse a recoger la crónica de la época. En épocas anteriores, la labor del cronista resultó fundamental para la memoria colectiva y constituye un material precioso para el historiador. Pero, en un mundo saturado de información, es redundante o, a lo más, útil para establecer un orden o una base de datos a la cual recurrir para ir más allá.

El historiador del presente tiene, además una oportunidad única para acercarse al acontecimiento en su misma gestación. Cuando la historia está limitada al documento, resulta difícil captar el clima en que se da un hecho histórico, aprehender las múltiples variables que influyen en que una determinada decisión sea la que fue y no otra. Esa es la gran ventaja de quien se acerca a su tiempo con los ojos y los propósitos del historiador. No sólo está entrenado para discernir, en una gran masa documental, lo importante de lo accesorio; también debe estar atento a las señales que se generan desde otros ámbitos, materiales más efímeros y, si se quiere, "perecibles", destinados a desaparecer en las grandes

panorámicas sobre una determinada época, pero utilísimos para captar la génesis del acontecimiento y la real dimensión de sus efectos.

La historia, hoy en día, creemos que adquiere sentido no sólo en cuanto estudio de un pasado lejano, sino que, sobre la base de su metodología, nos permite conocer un presente inmediato, para el que el pasado, lleno de tradiciones, matices e información, es base fundamental para entender nuestro diario acontecer.

Éste, a su vez, es un hecho histórico -en el que participan personas, tendencias, sentimientos, empatías, antipatías, etcétera- que requieren ser estudiados y comprendidos como un hecho histórico, en consecuencia, deben ser estudiados como tales.

Cuando los hechos de la historia aparecen en la pantalla del televisor, el historiador debe mirarlos con detención, no sólo por el saludable afán de mantenerse informado, cuestión importante para todo ciudadano consciente y con mayor razón para un intelectual o para un docente, sino también para buscar en las imágenes aquello que rodea al acontecimiento, aquello que no es noticia ni crónica, sino la efímera materia sobre la que se asienta el espíritu más profundo de una época.

Muchas gracias.